

MATERIALISMO CRISTIANO

E. MIRET MAGDALENA

El cristianismo no es nada más que una derivación de la religión judía, y los especialistas en historia de las religiones subrayan que el Libro Sagrado de los hebreos, la Biblia, es la expresión de una religiosidad materialista en el mejor sentido de la palabra.

Hace pocos años el canónigo belga, inventor de la *«Teología de las Realidades Terrenas»*, habló por eso de «materialismo cristiano».

A muchos católicos españoles, acostumbrados a vivir una religión que apenas tiene nada que ver con la vida usual, les chocará profundamente esta calificación. Pero si queremos conocer de verdad lo que significa el cristianismo de su fundador, hemos de olvidar los esquemas religiosos que hemos vivido y las enseñanzas de los libros católicos escritos por monjes, frailes y miembros de Ordenes Religiosos evadidos del mundo, para poder comprender la enseñanza que se contiene en el libro básico llamado Evangelio.

La antigua religión hebrea, tal y como se contiene en los 45 Libros del Antiguo Testamento, nunca da pie a una actitud evasivista como si la religión estuviera en las nubes del cielo empíreo, desgajada de los intereses humanos de todos los días. En los libros más antiguos de esta religión ni siquiera se habla de la «otra vida». Un profundo sentido religioso se desprende de estos escritos, pero sin relacionarlo con lo que pase después de la muerte. Todo lo referente a la religión tiene que pasar de tejas abajo; y el premio que han de recibir los cumplidores de las 613 normas morales y religiosas del hombre de Israel, se ha de encontrar en esta tierra. Son frecuentes, por eso, las expresiones materiales que concretan lo que aquí digo. El hombre honrado será al que le vaya bien económicamente en la vida; al que honre a su padre y a su madre se le prometen

largos años de vida y la felicidad en esta tierra.

El problema surgió, sin embargo, cuando los «impíos» frecuentemente vencían a los seguidores de la ley judía; y éstos se encontraban en situación de inferioridad respecto a aquéllos. O cuando a los hombres religiosos, como Job, les ocurrían toda suerte de desgracias sin comerlo ni beberlo. El misterio de estos casos se estaba haciendo cada vez más oscuro, pero nunca se les ocurrió, como a los griegos, pensar que lo bueno era el espíritu y lo malo la materia, esperando que, ante las desgracias materiales, el espíritu al morir se alzaría a un mundo invisible de felicidad contemplativa.

La solución que este pueblo sanamente materialista fue descubriendo, estaba en consonancia con su planteamiento de la vida a ras de tierra; donde el cuerpo no era malo, sino bueno, y los placeres materiales eran perfectamente deseables. La palabra clave que vino a resolver el problema que el mal les planteaba fue la «resurrección».

Y es que para comprender al cristianismo no hemos de mirar a Grecia, sino a Israel. Y en este mundo, precursor de lo cristiano, no hay ningún pesimismo respecto al hombre y a sus posibilidades. Al cuerpo nunca se le ha considerado en la Biblia como un conjunto de malas pasiones ni de instintos perversos, sino algo lleno de posibilidades para el futuro, y que en nuestra mano está el usarlo bien o mal.

Es curioso que el *Talmud*, donde se contienen las orientaciones prácticas, tanto religiosas como morales, posteriores a la Biblia, que recogen este espíritu religioso del mundo hebreo encarnado en las cosas de esta vida, se dice que abstenerse de aquello que no está prohibido por la ley, es un pecado; y que «todo aquel que se haya abstenido de disfrutar de los placeres

legítimos de la vida, tendrá que rendir cuenta de ello en el *«más allá»*. Por eso a Jesús le llamaron los ascetas de su tiempo «comilón y bebedor» porque no hacía ascos a la vida.

Toda esa ascética inhumana que se nos enseñó en los libros de espiritualidad católica, sobre todo en esos tristes volúmenes como la famosa *«Guía de Pecadores»* de nuestro clásico Fray Luis de Granada, no tienen nada que ver con la actitud religiosa y moral que se encuentra en el fundamento mismo del cristianismo. Y cuyo colmo de desviación se encuentra en esas actitudes neuróticas de un San Luis Gonzaga que no se atrevía a mirar a su madre para no caer en la tentación sexual. Y más antiguamente hay que recordar las terribles penitencias, de origen masoquista muchas veces, de los anacoretas del desierto, entre los que descollaron por su extravagancia los famosos «estilitas» que se pasaban una buena parte de su vida encima de una columna, y cuya caricatura hemos podido conocer a través de la magnífica película llena de sentido humano de Buñuel.

La influencia griega fue fatal al cristianismo porque la espiritualidad que a veces se llama tradicional tiene más de gnosticismo o de maniqueísmo que de inspiración bíblica. Y todo ello ha tenido profundas consecuencias negativas en muchos creyentes de Occidente porque, de modo esquizoide, han separado la vida corriente de la vida religiosa y han vivido en una actitud semi-neurótica y a veces semi-psicótica. No hay nada más que recordar el plantel numeroso de santos que comenzaron su vida espiritual con fuertes síntomas neuróticos: Santa Teresa de Jesús, San Francisco de Sales, Santa Teresa del Niño Jesús y don Bosco son ejemplo de lo que digo. Pero quizá ninguna persona elevada a los altares más incongruentes con la tradición cristiana antigua, tan positiva



para el ser humano, que una santa muy popular en Italia y en España, Santa Gema Galgani, quien manifiestamente era una psicópata. Sin embargo, hay que reconocer que cuando estos mismos personajes orientaron razonablemente su vida del espíritu, esto les ayudó a mejorar sus síntomas psíquicos desviados, como recuerda el jesuita padre Basset al hablar de ellos.

Tampoco son expresión de cristianismo nuestros grandes espiritualistas del Siglo de Oro, como el famoso padre Rivadeneyra, que se inspiraron en la dura postura moralizante de los antiguos estoicos. El profesor Farrington ha descubierto que el primitivo cristianismo se inspiró moralmente más bien en Epicuro que en la rígida enseñanza estoica de Epicteto. Sin embargo, expresión bien clara de esta incongruencia entre rigidez moral por un lado y explosión de la vida por otro, se encuentra en nuestro clásico Quevedo, que fue traductor de las *Maximas* de Epicteto y, al mismo tiempo, pícaro escritor de nuestras costumbres.

No siempre el catolicismo se ha presentado bajo estos tintes tan severos y puritanos de que hicieron gala nuestros espiritualistas españoles clá-

sicos antes citados. Los grandes profesores de Salamanca, los teólogos-juristas desarrolladores de la famosa teoría del «Derecho de gentes», supieron entender el vuelco que la sociedad moderna estaba empezando a dar, y el valor de la economía tendría para el bienestar humano y para la expansión del hombre completo. Domingo de Soto y sus compañeros comprendieron que no podían continuar los aspavientos medievales contra la economía, y era necesario establecer unas reglas razonables de juego económico que se vecinaba. El economista K. Samuelsson ha investigado los orígenes de la economía moderna y se ha encontrado sorprendido con que su desarrollo proviene del mundo católico, a finales del siglo XV y principios del XVI, y no, como se había dicho, de las posturas de los calvinistas. Sin duda, estos teólogos realistas católicos se encontraban en plena congruencia con las posturas apreciadoras del mundo contenidas en la Biblia.

Sin embargo, la tentación del poder, sea económico, político o cultural, está latente en la Iglesia o en algunos de los grupos católicos que toman el materialismo cristiano, no

como un «materialismo místico», sino como un materialismo egoísta que usa de su fuerza para dominar a los demás. Hemos visto cómo la Iglesia oficial predicaba el desprendimiento, en estos últimos siglos de su historia, a los fieles corrientes que vivían infra-vitalmente, pero sus voceros vivían en sus magníficos palacios rodeados de lujo y de poder. Del mismo modo que la gran lucha cultural moderna se planteó por la hegemonía que la Iglesia oficial quería seguir teniendo sobre la inteligencia, sin permitir que ésta campase libremente por sus respetos como era su derecho.

Ahora somos en número creciente los cristianos que nos damos cuenta de estos fenómenos y queremos invertir la pirámide de poder en que se constituyó la Iglesia en estos últimos siglos. Para nosotros, lo primero es una fe en ese mensaje liberador que se contiene en la Biblia, lleno de humanidad y de realismo; y la jerarquía eclesiástica no puede ser nada más que «servidora» de este mensaje, sin pretender dominarlo en exclusiva como si nosotros tuviéramos que ser siempre ovejas mudas o topos ciegos seguidores de todas y cada una de sus consignas. ■ E. M. M.